

LA MANADA GRANDE

Por **Elena Welch**

INMENSAS praderas y cielo azul -comentó Jorge que iba sentado en la carreta, dejando colgar sus pies por la puerta trasera.

-¡Sí! -exclamó su hermana Jenny-. ¡Pero es tan bonito!

-Es bonito pero estoy cansado de viajar tanto. Espero que pronto lleguemos a la Pradera del Búfalo.

-Si puedes guardar un secreto, te diré algo -le dijo su hermana en un susurro.

-¿Y a quién se lo voy a contar sino a las liebres y a las perdices? Hace días que no vemos a nadie.

-Bueno, a papá y mamá.

-¡Ah! Otra vez has estado espiando.

-No, lo oí. Y si me prometes que no dirás nada, te lo diré. Papá le dijo a mamá que hoy llegaríamos a la Pradera del Búfalo.

-¡Viva! -gritó Jorge, y entonces se tapó la boca con las manos-. ¡Perdona! -dijo en voz baja.

Desde que los padres de Jorge y Jenny habían decidido mudarse al oeste de los Estados Unidos, los dos niños no habían hablado de otra cosa sino de la Pradera del Búfalo. Durante toda su vida ellos habían vivido en grandes ciudades del este, de manera que todos los planes relacionados con el viaje los entusiasmaron mucho: la pesada carreta techada con lona y tirada por mulas, los fascinaba. Y también llevaban a Chocolate, la petisa (pony, caballito pequeño), que seguía a la carreta.

-¿Qué hará Chocolate cuando vea el búfalo?

-¿Qué búfalo?

-El búfalo de la Pradera del Búfalo -respondió Jenny-. Allí debe haber un búfalo o de otra manera no le hubieran puesto ese nombre.

-Yo no sé lo que hará Chocolate. Tal vez crea que ella también es un búfalo.

-Jorge, Jenny, vengan adelante. Tenemos una sorpresa para Uds. Los niños abrieron tamaños ojos y sonrieron.

- ¡ Haz como si no supieras nada! -le susurró a Jenny su hermano.

-¡Allí está la Pradera del Búfalo! Los niños se sorprendieron. Todo lo que vieron fue un gran edificio construido con troncos de árboles.

-¿Eso es todo lo que hay en la Pradera del Búfalo? -preguntó Jorge.

-Sí -respondió el padre. Allí compraremos nuestras provisiones. El dueño, el Sr. Talbot, tiene comestibles, medicinas y ropas, y la correspondencia llega una vez por mes.



El padre detuvo las mulas frente al negocio.

-Bajen, les dijo a la mamá y a los niños-. Compraremos nuestras provisiones antes de buscar el lugar donde construiremos nuestra casita de troncos.

Mientras la mamá y los niños recorrían el negocio eligiendo las provisiones, el papá conversaba con el Sr. Talbot

Cuando el papá estaba pagando lo que habían comprado, entró al negocio un indio. Usaba un traje hecho de cuero.

-¡Cómo le va, apache Pete! -lo saludó el Sr. Talbot-. Le presento a nuestros nuevos vecinos, la familia Anderson. Irán ahora a elegir un lugar para su casita.

-Creo que la llanura que quedó atrás, a unos cinco kilómetros, es un buen lugar -añadió el padre.

-¡No llanuras! -sacudió negativamente la cabeza el apache Pete-. Peligro de manada grande.

-Pete tiene razón -intervino el Sr. Talbot-. Es mejor acercarse a las colinas. A veces los búfalos se ponen bravos en las planicies.

Los niños se sintieron un poco chasqueados. Les parecía que el lugar que el papá había mencionado era mejor.

-¿Qué habrá querido decir el indio con eso de la "manada grande"?

Jenny se encogió de hombros. No sabía por qué, pero no le gustaba el apache Pete.

-Ojalá que no lo hubiéramos conocido -suspiró.

El papá levantó la tienda junto a dos pinos altos, cerca de un farallón. Era un lugar lindo, pero a los chicos les gustaba más la pradera.

Al día siguiente, después del desayuno, le pidieron permiso al padre para ir a dar una vuelta a caballo en la petisa Chocolate.

El padre dudó por un momento, luego dijo:

-Tal vez, pero no vayan lejos.

Los chicos prometieron hacerlo, pero cuando comenzaron a andar resolvieron ir hasta la pradera, para echarle nada más que un vistazo.

Pero cuando llegaron allí, Jenny no se sentía muy feliz.

-Será mejor que volvamos. Va a llover.

-¡Llover! -repitió Jorge. ¿Con un cielo azul?

-Mira aquella nube y oye como truena.

Jorge prestó atención.

-¡Ese no es un trueno! Dura demasiado. Y ni siquiera se interrumpe.

-;Y tampoco es nube! Se está acercando! ¡Volvamos, Jorge!

Cuando Jorge tiró de las riendas, Chocolate se detuvo tan violentamente que casi los arrojó al suelo.

-¡Oh, Chocolate! -gritó Jenny.

-¡Mira! ¡Eso no es una tormenta! ¡Es algo que se mueve en la tierra y levanta una nube de polvo!

De pronto Jorge recordó las palabras del apache Pete; y el Sr. Talbot había mencionado los búfalos. ¿A eso se habían referido? ¿Era esa nube el polvo que levantaba una manada de búfalos a la carrera? Si era así, ¿cómo se escaparían Jenny y él de ser pisoteados?

Cuando la manada de búfalos se acercó, Chocolate rehusó correr. A pesar de la instancia de Jorge, el asustado animal sólo atinaba a dar vueltas y bufar.

-¡Jorge, hacia correr! -grito Jenny-. Sea lo que fuere esa nube va estar pronto aquí.

-¡No puedo hacerla andar!

Jorge trató de aguijonearla con los talones pero ella no se movió. Entonces como un rayo, un caballito bayo pasó al lado y una mano oscura tomó las riendas de Chocolate y ésta comenzó a correr. Los niños reconocieron en el jinete al apache Pete.

-¡Ténganse fuerte! -les advirtió-. ¡ Escaparemos!

Los niños no tenían idea adónde iban. Todo lo que pudieron hacer fue "sostenerse" y tratar de protegerse de la tierra que hacían volar los cascos de los caballos.

De pronto ambos caballos se detuvieron bruscamente.

-¡Bájense! -ordenó el apache Pete-. Quédense cerca de mi caballo. Trataré de sostener el de Uds.

Cuando los chicos obedecieron, se dieron cuenta de que estaban detrás de un banco rocoso. El caballito del indio había retrocedido hasta que su flanco tocaba las rocas. Los niños se quedaron junto a él mientras el apache Pete trataba de calmar a Chocolate.

-Mi caballito y yo hemos estado antes en ocasiones como éstas -le dijo el indio a los niños-. El sabe que está seguro cerca de las rocas.

Jorge señaló el banco de roca.

-¿No lo saltarán los búfalos? -preguntó al apache Pete.

-No, es muy empinado del otro lado -replicó el indio-. Mi caballo y yo estuvimos aquí en una ocasión anterior. Al llegar al banco, los búfalos se dividen y pasan alrededor.

Para entonces el indio tenía que hablar a gritos para hacerse oír, porque el ruido se había vuelto ensordecedor. Los niños se taparon los oídos con las manos, pero aún así casi no podían aguantar el ruido.

Y la nube comenzó ahora a ennegrecer sus caras, y apenas podían ver que Chocolate seguía retrocediendo, a instancias de Pete, que trataba de mantenerla cerca del banco.

En eso Jenny apretó el brazo de Jorge e inclinó la cabeza. Este también inclinó la suya. Mientras oraban, los niños no notaron que la nube se hacía más espesa y el ruido más intenso. Cuando Jenny miró de nuevo, vio que los búfalos habían comenzado a pasar por ambos lados del refugio donde ellos se encontraban, tal como apache Pete lo había dicho.

A veces algunos pasaban tan cerca que con extender la mano los chicos podrían haberlos tocado. Finalmente Chocolate pareció acostumbrarse al ruido que le había inspirado tanto terror. Quedó quieta, con la cabeza baja. Los flancos le temblaban. El indio mantuvo su mano sobre el cuello del animal.

Los búfalos habían aminorado la marcha. Casi caminaban. Cuando uno aminora el paso los demás

hacen lo mismo.

De pronto Pete gritó:

-Ahora estamos a salvo. ¡ La manada ya casi terminó de pasar!

Pronto desapareció la nube de polvo, porque el viento de atrás la impulsaba hacia adelante, de manera que precedía a los animales. Los niños pudieron ver cada búfalo, y el ruido ensordecedor se esfumó.

-¡Nunca antes había visto búfalos! ¡Pero nunca más quiero ver tantos como vimos hoy! - -aseguró Jenny.

-¡Ni yo tampoco! -exclamó Jorge.

En eso el indio sonrió.

-Esta era una manada pequeña. En cierta oportunidad mi caballito y yo estuvimos aquí medio día hasta que pasó la manada.

-Queremos agradecerle a Ud. y al caballito por habernos traído hasta aquí. Uds. nos salvaron la vida. No pude lograr que Chocolate regresara a casa.

-Chocolate nunca hubiera podido sacarlos del peligro de esa forma -dijo el indio. Entonces, mirando a Jenny con una mirada extraña, añadió:

-Y tampoco nosotros podríamos habernos librado del peligro sin la ayuda del Gran Padre.

Jenny se sorprendió. Se dio cuenta de que Pete los había visto orar.

-¿Ud. oró? -le preguntó.

Pete hizo una señal afirmativa.

-Sin la ayuda del Gran Padre no podríamos haber llegado al banco, y no podría haber refrenado este caballo asustado. El Gran Padre nos ayudó mucho hoy.

Los niños estaban convencidos de que el apache Pete tenía razón. Y sentían una inmensa gratitud porque Dios los había protegido de la manada de búfalos.

Después de despedirse del indio, Jorge y Jenny lo vieron alejarse.

-Debiéramos agradecer a Dios por habernos permitido conocer al apache Pete.

-Claro que sí dijo Jorge tomando las riendas de Chocolate. Y luego añadió:-: ¿Pero qué ocurrió con mi hermana que dijo que hubiera preferido no conocer nunca al apache Pete?

Jenny sonrió y admitió que había sido una tonta al tenerle miedo.

La verdad es que ambos se sentían contentos de haberlo conocido y no veían el momento de llegar a casa para contar a sus padres cómo habían escapado de la "manada grande".